



CAPÍTULO IX

Un maridito fresco.

ERNESTO, el maridito, estaba fresco quiere decir, acabado de hacer, recién casado; y su vida conyugal, como se vé, no aparecía sembrada de flores.

Rebeca se había quedado en una actitud que bien podía estar llorando, durmiendo ó meditando, porque no se le veía la cara.

Ernesto tomó las llaves de la tene-
ría y su sombrero, abrió suavemente
la puerta y salió al corredor, Sintió la

luz como una cachetada y si hubiera podido habría insultado á la aurora. No obstante, el fresco de la mañana calmó un tanto su fiebre, y su furor comenzó á moderarse. Echó á andar sin ver más que al suelo, para hablar consigo mismo. Sentía un vacío tan insoportable en el alma, una desazón tan amarga, que cada nuevo acceso de furor lo acercaba más á la ternura, hasta que sintió rodar por sus mejillas dos gruesas lágrimas.

Vagó al acaso para gastar el tiempo, hasta que al fin se decidió á abrir la tenería una hora antes de lo de costumbre. ¡Qué horrible estaba aquel despacho y sobre todo qué apestoso.

Las emanaciones del extracto de mil flores de Rebeca, habían renovado su facultad de oler, y volvió á parecerle insoportable el olor de la suela; había entre el aroma y aquella pesti-

lencia, el mismo contraste que entre sus amores y su boda.

Se puso Ernesto tras del mostrador y se sentó; volvió á recorrer con la imaginación todo lo pasado; su primer arranque de celos, su salida del baile y sobre todo las escenas de la alta noche y del amanecer, y empezó á ocurrírsele que si no habría sido todo obra suya. Tal vez había estado imprudente, grosero é injusto. Tal vez Rebeca era realmente inocente; acaso no habría hecho nada que pudiera atribuirse á coquetería, sino que aquel jayán, aquel bruto de Coronel, se había excedido y tomado muy á pecho su papel de padrino. Bien pudiera ser que todo hubiera sido obra de su imaginación y de sus celos infundados; sí, decididamente infundados. ¡Pobre Rebeca! ¡sí, ella no me ha hecho nada! y yo, bruto de mí, me he dado á mí mis-

mo una noche de los diablos... y ella, ¡pobrecita! ¡cómo ha llorado, con qué lástima, con qué sentimiento, con qué ternura lloraba! y cuando me decía, ¿Ernesto, qué tienes? conténtate conmigo, ya sabes cuánto te quiero... Y yo, ¡bestia de mí! ¡salvaje! ¡estúpido! ¡ah! ¡merezco que me maten! y continuó murmurando entre dientes, injurias contra sí mismo, y al cabo de una pausa sintió correr abundantemente sus lágrimas que, como si hubieran removido todo lo que tenía de sensible, se convirtieron en sollozos y en espasmos de dolor, al grado de tener que ocultarse para que no lo vieran los transeuntes.

Después de enjugarse las lágrimas, volvió á su asiento frente al mostrador; sus lágrimas le habían abierto un camino, lo habían sacado de la desesperación para hacerle vislumbrar de nue-

vo la dicha y la esperanza. ¡Bienaventurados los que lloran!

Voy á pedirle perdón, voy á decirle que he sido un majadero, un bruto, un miserable; voy á estrecharla entre mis brazos, á darle muchos besos, á hacerla feliz. ¡Pobre Rebequita mía, pobrecita esposa de mi corazón! ¡Ay, la adoro, la idolatro!...

Después de un momento, dijo, viendo su reloj:

—Sí, y en el momento. No la tendré más tiempo en incertidumbre. Volveré á cerrar; y en el momento de tomar su sombrero, entró un marchante, un zapatero que iba por media suela y dos charoles.

—Maldito marchante, dijo entre dientes, y se puso á despacharlo.

—Iba yo á venir á las ocho, como siempre, dijo el marchante, cuando vide abierto, y dije pos ya que el pa-

troncito ha madrugado, llevaré mi *habilitación de al tiro*. ¿Cómo ha pasado la noche mi patroncito?

Ernesto contestó con una mirada feroz, como si el marchante le hubiera dirigido un insulto.

—Bien, hombre, bien, le contestó reponiéndose.

—Pos adiós, patroncito, hasta *diohoyenocho*.

En seguida entraron alternativamente hasta cinco marchantes para aumentar la impaciencia de Ernesto, puesto que ya se iba haciendo impracticable la idea de ir á su casa y volver á abrir. Así fué; dieron las ocho. Ya no era tiempo.

A las ocho y cuarto, llegó el viejo patrón de Ernesto, muy arrebujaado en una capa azul. Al verlo entrar, Ernesto se puso aun más pálido de lo que estaba.

—Pero, señor don Librado, ¿en qué piensa V.? Le va á hacer daño haber salido; la mañana está bien fría.

—Estoy mucho mejor, y el médico me dijo que ya podía salir. No tenga V. cuidado.

En esto había levantado la tapa que cubría la portezuela del mostrador, y Don Librado, ocupó su vieja silla de brazos; frente al hueco que en el aparador hacía veces de escritorio, después de hacer penosamente cien pliegues en el lado derecho de su capa, sacó la mano y tomó uno de los libros; comenzaba á la sazón lo hora en que el despacho se atestaba de marchantes; y Ernesto comenzó á repartir suela, badanas y charoles á veinte zapateros.

Después de un tragín de más de tres cuartos de hora, la tienda comenzó á estar despejada, á la sazón que

Don Librado se levantaba de su asiento.

—Siempre puede ser que tenga usted razón, dijo; voy á acostarme. Quizá mañana esté yo más fuerte.

—No tenga usted ningún cuidado por la casa, señor Don Librado. Aquí estoy yo, que no me despego. Ya sabe usted que mi comida me la traen de la fonda de enfrente, y no me muevo de aquí para nada.

—Hasta mañana, Ernesto.

—Hasta mañana, Don Librado; que V. se alivie.

—Gracias, dijo el viejo saliendo.

—¿Qué hago? se preguntó Ernesto apenas estuvo solo. Ha tenido tiempo bastante para ver los libros... y la partida está clara. La casa jamás ha hecho ventas al crédito, y mucho menos á Don Agapito, ni á la «Botita azul», que hace tantos años compran al con-

tado. Yo, por momentos esperaba que el patrón me preguntara: ¿Qué partida es esta? pero no me dijo nada; no sé si porque estaba yo despachando, ó porque este viejo marrullero me prepara alguna mala pasada... No es extraño, él es un hipocritón, que además tiene muchas agallas. Si se queja á la autoridad de seguro me aprehenden, y me mete en un embolismo de los diablos... Nada! pensó al cabo de un rato. Resueltamente... Habrá más de cincuenta pesos en el cajón; los tomo, cierro y me llevo las llaves. Tomo el tranvía hasta Talnepantla, y allí espero el Central, y no paro hasta Querétaro. Allí me cambio nombre y busco colocación, y me sumo... ¡Ay! ¡y Rebeca! Pero... Mandaré por ella cuando esto se haya olvidado. ¿Y mi padrino? ¡Vaya al infierno!

Y se puso á contar el dinero del ca

jón. Había contado sesenta pesos, cuando entraron dos marchantes y tras ellos otros dos que esperaban pacientemente á que los primeros fueran despachados.

Cuando salieron se acercaron al mostrador los otros dos y ceremoniosamente preguntó á Ernesto uno de ellos.

—¿El señor Don Ernesto Quijada?

—Servidor de usted.

—Traigo esta ordencita.

—«Juzgado de 1.^a del ramo criminal» leyó Ernesto y palideció.

—¿Pero de que se trata?

—No lo sabemos, caballero, dijo el que no había hablado. Traímos la orden y la cumplimos.

—Yo no tengo negocios en ese Juzgado.

—Lo creo, caballero, dijo el curial mugriento con afectada cortesía. El

Juzgado probablemente será el que tenga negocios con usted, puesto que le necesita.

—Pero la casa... los libros, el dinero...

—Todo está previsto, dijo el otro curial, y asomándose á la puerta indicó á varias personas que esperaban en la calle que podían pasar.

—Buenas tardes, buenas tardes, y buenas tardes, dijeron los otros tres individuos; de los cuales uno tomó los libros, otro extendió un pliego de papel para escribir, y otro se puso á contar el dinero del cajón.

—Sesenta y siete pesos tres reales, dijo en voz alta y entregó el dinero á otro de los curiales.

—Cuando usted guste, dijo el mugriento á Ernesto, el que tomando su sombrero se dispuso á salir. Salieron todos y...

—Las llaves, dijo uno á Ernesto.

—Aquí están.

—Pues cerraremos, dijeron saliendo á la calle. Cerraron, efectivamente, con los dos candados y ya emprendía Ernesto la marcha, cuando le dijo uno:

—Un momento...

Sacaron un cerillo, encendieron un cabo de estearina y pusieron un sello de lacre en la juntura de la puerta, operación que llamó la atención de transeuntes y vecinos que formaron muy pronto un pelotón en la calle.

—Oiga, Nito, le gritó un borrachín harapiento á un mozo de la fonda. Ya se llevan á Don Ernesto.

—¿A donde?

—Pos á la Tlalpiloya, ¿dónde ha de ser?

—¿Pero por qué?

—Por nada bueno.

—¿Qué habrá hecho? Metería la mano en el cajón.

—Pos yo creeré que sí, porque cuando yo entro en las mañanas por mi medio por el barrido de la calle, le he visto unos anillotes de altiro buenos, y yo tanteo...

—Pos de las puras suelas.

—Usted lo vido.

—Pos no; con qué ahí lo llevan y hasta vide cuando los escribanos le pusieron el sello á la puerta.

—¿Qué sello?

—¿Pos mírelo no más! ¿No lo ve cómo coloradea?...

—¿Pos de veras, no? Y ya van dos veces que le ponen sello á la casa de Don Librado. La otra vez, el otro dependiente también echó su gato á retozar, y fué á tener á Belén.

—¿Pos no, *cuantimás* el de los anillos!

—Dealtiro no desimulan. Siquiera poco á poco.

—Pos digasté no más.

Ernesto, acompañado por los empleados del Juzgado, caminaba á Belén, donde pasaría su segunda noche de bodas y toda su luna de miel.

¡El amor! Todo por el amor. Instigado por ese travieso rapaz, había emprendido un camino equívoco al fin del cual en vez de encontrar la felicidad como el león, encontró la cárcel.

Doña Marianita Quijada se había ocupado casi todo el día en la cocina preparando una abundante cena con que se proponía obsequiar á Ernesto y á Rebeca, puesto que Ernesto no comía nunca en su casa sino en la Tenería.

Al oscurecer todos estaban preparados para recibir á Ernesto. Rebeca temblaba al acercarse la hora y fluctuaba entre el temor de verle todavía disgustado y la esperanza de que la

reflexión le hubiera hecho conocer sus faltas.

Es inútil pintar la impaciencia de toda aquella familia durante tres horas. Los muchachos, sobre todo, en quienes el hambre hacia mayores estragos, cooperaban con sus impertinencias al malestar general y como detrás de Doña Marianita habían ido saliendo todos uno por uno al corredor, el grupo comenzó á llamar la atención de los vecinos.

—Marianita, gritó una voz en la semi-oscuridad de aquellos corredores.

—Quién me habla, contestó Doña Marianita.

—Yo, mi alma; respondió la voz. Hay alguna novedad.

—Nada más que no parece Ernesto.

—¿A qué hora lo esperaban?

—A las siete.

—Y son cerca de las diez. ¡Válgame Dios! ¿y que se figura V.?

—Me figuro mil cosas. Algo le ha sucedido.

—Es natural creerlo así, añadió otra vecina: estando de novio.

—Seguro, agregó una de las vecinas. Ya debía estar aquí.

Rebeca había guardado silencio hasta entonces respecto á lo que había pasado en la noche anterior, primero por que nadie se lo había preguntado por discreción, y luego por que ella había creído prudente no enterar á nadie de lo ocurrido; pero creciendo sus temores respecto al enojo de Ernesto, llamó á solas á Doña Marianita y le contó cómo había pasado la noche.

Doña Marianita decidió ir á buscar á Ernesto y salió á la calle.

Lo primero que le ocurrió fué ir á

la Tenería. Todo estaba cerrado excepto la fonda de enfrente á la Tenería, fonda en cuya puerta aparecería reclinado un criado con mandil.

Doña Marianita se dirigió á él.

—Dígame V., le dijo, ¿ha pasado alguna cosa en la Tenería de Don Librado?

—¿En la Tenería de Don Librado?

—Sí.

—¿Algo cómo, de qué?

—Yo no sé; pero mi hijo no ha llegado todavía á casa.

—¿Y quién es su hijo de usted?

—Ernesto, el dependiente de Don Librado.

—¡Ah, con razón no ha llegado!

—¡Cómo, usted lo sabe!

—Sí, señorita; todo se sabe... pues... no porque yo... yo, con perdón de usted, no vide nada; pero el barrendero me lo dijo.

—¿Qué le dijo?

—Pos que se llevaban al niño Ernesto.

—¿A dónde?

—Pos yo no sé...

—Pero el barrendero...

—Pos el barrendero sí lo vido todo.

—¿Pero que vió?

—Pos cuando vinieron los escribanos.

—¡Escribanos!

—Sí, señorita, pos los señores del Juzgado.

—¿Y qué?

—Pos nada, que jalaron con el dinero y con los libros.

—¿Y Ernesto?

—Pos también jalaron con él. Por ahí cogieron como para Flamencos y lo del sello.

—¿Qué sello?

—El sello colorado que le pusieron

á la puerta. Ese desde aquí se columbra.

—Pero ¿á dónde se llevaron á mi hijo?

—De eso sí no le puedo dar á usted razón; pero por aquí decían todos que á Belén, pues, y el barrendero me dijo á mí: Oiga, Nito, ya se llevan á Don Ernesto á la Tlalpiloya; pues eso me dijo. Lo que es yo, yo no vide nada, porque estaba sirviendo unos chiles rellenos, y no... no salí sino cuando ya habían ganado todos para arriba... pues... como para Flamencos.

Doña Marianita dió las gracias al mozo de la fonda y se alejó.

Pensó desde luego en encomendar á su hijo á la protección y clemencia de su protector el Licenciado Don Manuel, á cuya casa se dirigió corriendo.

La recibió Conchita, la esposa del Licenciado en la asistencia.

—¿Qué anda V. haciendo á estas horas, Doña Marianita?

—¡Qué he de andar haciendo, Conchita de mi alma, que ustedes son mi paño de lágrimas!

—¿Qué le ha pasado á V.?

—¡Ay, Conchita! Mi Ernesto...

—¿Qué?

—¡Una infamia!

—¿Pero qué?

—¡Qué se lo han llevado!

—¿A dónde?

—¡A la cárcel, mi alma, á la cárcel!

—Pero, ¿por qué? ¿qué ha hecho?

—De hacer, no ha hecho nada; pero en eso está la infamia. No, si hay gentes para todo. Ha de saber V. que Doña Lugardita López, su amiga de V., anda arando la tierra para conseguirle á su hijo Pepe una colocación, porque el mocoso de mis pecados se quiere casar; figúrese V., ¡no tiene des-

tino y ya quiere mujer! Pues bien, como iba diciendo, Doña Lugardita anda removiendo el mundo por colocar á su Pepe; y esa señora, para que V. lo sepa, es capaz de todo; ha sabido que mi hijo Ernesto tiene buena colocación y le ha echado el ojo, y ahí tiene V. que no sé que chisme ha metido con Don Librado, el dueño de la Tenería; el caso es que hoy en la tornaboda de mi pobre Ernesto ¡se lo han llevado á Belén, Conchita de mi alma! Figúrese V., no más entre los criminales y los bandidos, como si mi hijo de mi vida fuera algún ladrón, cuando bien sabe Dios que tendrá todos los defectos menos ese; es honradísimo cómo que yo he cuidado de su moral, y no es por alabarlo, pero se le puede fiar oro molido. •

—¿Y qué piensa V. hacer? le preguntó Conchita.

—Ver al señor Licenciado, su marido de V., para que ponga las cosas en regla, como él lo sabe hacer, y que se castigue á ese juecesillo de pipiripao porque, ¿qué es esto, que por un chisme, de buenas á primeras allá va la orden de prisión! No, señor, que para eso hay leyes. Primero se averigua y se hace todo, y si acaso hay algo, ¿no le parece á V.? entonces se procede; y sobre todo no se conduce á una persona decente á la cárcel de los criminales, porque ante todo es necesario distinguir á las personas.

—Pues, Manuel está acostado ya, dijo Conchita, como está acatarrado se ha metido á la cama.

—Pues, yo quisiera hablarle.

—No es posible, Doña Marianita; está ya recogido y sobre todo no se puede hacer nada á estas horas; pero le ofrezco á V. que mañana temprano...

—¡Cómo y pasa mi hijo la noche en...!

Y Doña Marianita se soltó llorando.

—¡Áy, pobre, pobrecito de mi hijo! Y en la segunda noche de casado, cuando... no, si todo le ha salido mal, ¿qué desgraciado es mi pobre Ernesto! Figúrese V., Conchita, que anoche, su primera noche, se la ha pasado peleando con su mujer.

—¡Cómo es posible!

—Vestida, vestida, y con todo y azahares se ha pasado la novia hasta que Ernesto se fué á la Tenería!

—Pero, ¿qué motivo...?

—Nada, mi alma, que el hombre pone... ¿creerá V. que se ha encelado de su padrino de casamiento? Sólo á Ernesto le pudo ocurrir semejante cosa, y en si fué cierto y no fué cierto, y en sí dijiste ó no dijiste, les ha amanecido, y ahora por añadidura...

Y volvió á llorar Doña Marianita.

Al volver á su casa no quiso decir dónde estaba Ernesto. Tenía la esperanza de que aquel incidente pasaría desapercibido.



CAPÍTULO X.

Ernesto, Rebeca, el León y la Leona.

POBRE Ernesto! ¡Qué desgraciado era! Todos lo decían á una voz y convenían en ello; sólo que la generalidad de las gentes se figuran que la desgracia es ciega como la muerte, es una furia infernal que no elije sus víctimas y reparte tajos y mandobles sin ton ni son.

Pero á nosotros se nos antoja que todo, en esta vida, tiene su razón de ser, y que de la mayor parte de los males que nos aquejan nosotros mismos tenemos la culpa.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Vol. 1676 MONTREY, MEX.